

Crítica

"Pero Salgo, y Salgo Encantado"

Un sinnúmero de peripecias vitales, intelectuales y políticas narra el escritor peruano en estas memorias.

Permiso para Vivir. Antimemorias
Alfredo Bryce Echenique. Editorial Anagrama,
Barcelona, 1993, 488 páginas.

por Ana María Larraín

IMPOSIBLE más adecuado título para estas simpáticas, inteligentes, finas, benedictinas y benevolentas pero no por eso menos irónicas o reflexivas memorias del escritor peruano que tanto nos ha deleitado desde su primera novela. Un mundo para Julius. Hombres rasados a toda forma de culto al ego cosa probablemente rara entre sus congéneres, el habitante de estas cuartillas narra, con ese inefable don de contar que compete en él con su extraña bohemia y "jase de vivre", un sinnúmero de peripecias vitales, intelectuales y también de otro tipo, sin excluir en una jugosa segunda parte los contactos "políticos" cada vez más desenfrentados con la Cúch de Fides. La gana es amplia y va desde esas inolvidables y normalmente antihéroicas encarnaciones satíricas que corroborean algo ya superado en sus ficciones —esto es, que Alfredo Bryce Echenique sigue siendo, a fin de cuentas, tan fofo como sentimental— hasta unas tan tristes y/o graciosas experiencias religiosas primarias, que hoy le inquietan delirios, en la trilogía propuesta por su prodigioso caudal, además de todo como un católico.

Una serie de malentendidos humanos y "divinos" dan vida, en efecto, a una vida plagada de errores en la que el error de base parece ser ella misma: la vida, a la cual se la toma o se la deja, pero sin que admita, por sí sola, condiciones de ningún tipo. De allí que apenas se abre el escritor, a lo largo de la suya, de solicitar tímidamente el permiso para vivir que nos entrega en el título, y del cual hace caso omiso solamente para llevar adelante, con

tra viento y marea, a pesar de sus edulcorados y frustrantes estudios de leyes y de su trágico conato de ejercer tal profesión, su vocación artística. Una vocación que se asienta tempranamente en el extranjero, lejos de la opresiva paterfamilias, pero muy cerca del misterio apátrida, echándose al hombre responsabilidades sociales derivadas de aservimientos tan pamparados como cargados y cargados y conculcando las suyas, patas rotas que impiden, como en una yeta, las pérdidas instantáneas de sus soldados manuscritos.

Porque, claro, inexorablemente resultan, bajo la lupa de este gran perdedor, sus desventuras finalmente venturosas en la gran aventura de escribir la suya. Alejado de cualquier pretensión que no sea la de una frangencia total, aunque obviamente coloreada por deliciosos "vientos imaginarios" —él dice que la literatura es el único remedio para una realidad más bien incómoda—, él tiene unpena con que aborda sus "antimemorias" en su forma de la forma, pero no, mirando bajo cuerda, en el contenido. Por el contrario, en ese estilo habitual que todos le conocemos y que nos ha hecho pasar tanto en tantas veces Pedro, la vida exagerada de Martín Romaña o, quizás exageradamente, en La última maldad de Felipe Carrillo, hay una nota de patético dramatismo que no propende, por cierto, a la compasión ni a la autocompasión, pero que nos hace preguntarnos muy en serio lo que apenas en un par de años se abre el a preguntarse a él mismo, oculto sin verdaderamente tras esa máscara preferida de bufón de la corte: "¿Dirás esto algo que vez con él —me pongo la corbata y viva, de Vallejo?"

Por eso, en la fluidez vertiginosa de su lenguaje coloquial, tan lúcido de canchales, pisco soñoliento y de jaca que te cuenta historias, quedamos perdidos y prendidos de este que dice de sí mismo: "sí, pudo haber humano que se le escapen por aquí o por allá, le seguimos: 'Lleno de arañas, el rin-



cón se ha cerrado. Te lo han cerrado. Te han encerrado y la gente guarda la llave del lugar en que te encuentran y, de tiempo en tiempo, vuelve a visitarte. Ahí estoy como siempre, entreteñido como un loco". (Nótese, además ya, el cambio del "él" al "yo" cuando de llorar o reír se trata. Y continúa). (...) Me saca de mi ensimismamiento, pero sé que algo encerrado en esa adolescencia protegida y aira, encastillado, y que tarde o temprano me dirán que por cómo soy es algo que sólo se ve en el cine, pero las películas más largas duran cuatro horas, máximo, y además cantan cuando no son excelentes".

Y pidiendo excusas —también una secentagésima— por el abuso desatencioso de las citas, no puedo callar aquí lo que el autor de estas Antimemorias casi, por poder, ha querido callar: "Y si acaso incito a un pensamiento, una idea o una actitud que realmente me pertenece, la gente ha-

ye desfavorable, como de un ser extraño y peligroso cuyos gestos mismos lo han conducido a la cárcel, la locura o la inmundicia. Y así, a menudo, para tener amigos y ser querido, no me queda más remedio que representar un papel (...) que, además, me resulta muy triste, porque todos sabemos que el placer de la verdadera amistad, como el del amor verdadero, consiste en mostrarse como uno es. Pero en mi caso, muy a menudo, todo sale patas arriba. No bien un amigo o una mujer me conocen o me realmente soy, los pierdo. «Alfredo, al fin», dicen. (...) No sé, pero en mi caso es como si al cabo de un proceso realmente endemoniado, terminase siempre hundido en unas profundidades sin nombre, en aquellos rincones de los que he venido hablando, y en los que nadie soporta hacerme una visita prolongada".

La literatura es una salida. Alfredo, y una salida encantada. ■

"Pero salgo, y salgo encantado" [artículo] Ana María Larraín.

Libros y documentos

AUTORÍA

Larraín, Ana María

FECHA DE PUBLICACIÓN

1994

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

"Pero salgo, y salgo encantado" [artículo] Ana María Larraín. retr.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile